

FORMA
DE ASCENSO



Muhaba Otaki

Capítulo V

Después de tres semanas en Canadá, tras un largo vuelo con varias conexiones: Arequipa-Lima, Lima-Houston, Houston-Toronto, y un extenuante viaje en tren de cuatro días, Alfredo finalmente apreció el conocer tantos lugares diferentes en poco tiempo. Mientras disfrutaba de una taza de café y desayunaba con un producto listo para servirlo del supermercado local, el arequipeño tomó conciencia de que se encontraba en Churchill. Esta ciudad, conocida anteriormente por ser refugio de osos polares y ballenas beluga, había experimentado una gran transformación. De ser un pueblo de mil habitantes, ahora era una ciudad de al menos cien mil personas. Junto con los pueblos coloniales circundantes, la población total ascendía a dos millones. El tráfico aéreo sobre Churchill estaba prohibido para evitar infiltraciones y espionaje.

El aeropuerto de Churchill se había convertido en un centro de carga crucial para el desarrollo de las colonias cercanas a esta próspera ciudad. Ubicada en la bahía de Hudson y protegida por modernos diques, Churchill se había transformado en un centro de alta tecnología. Atraía a poderosos consorcios y multimillonarios gracias a leyes favorables al desarrollo tecnológico. Paramount Invest, siendo el mayor propietario de bienes raíces en la zona, controlaba la administración burocrática. Alfredo estaba allí porque su experiencia era valiosa para los planes de la compañía.

Aún sintiéndose forastero, Alfredo asistía a charlas para integrarse en la comunidad. Él y otros funcionarios vivían en un complejo bien equipado, disfrutando de todas las comodidades deseables. Alfredo se dio cuenta de que no era el único extranjero; la mayoría eran de diversas nacionalidades. En una charla,

conoció a León, un finlandés con un humor filudo que hablaba español fluidamente, lo que sorprendió a Alfredo. Aunque León era más joven, enseñó mucho a Alfredo sobre la ciudad y sus costumbres. Alfredo estaba agradecido por su amabilidad; fue un encuentro inesperado en el norte.

León trabajaba en una empresa especializada en instalaciones y energía geotérmica. Desarrollaban proyectos en Churchill para implementarlos en Yukón, donde los sedimentos cálidos proveerían energía a las colonias. La compañía era parte de Paramount Invest y del multimillonario Dylan Pierce, aquel magnate estadounidense nacionalizado canadiense del que Alfredo había escuchado en su visita a Puno. León apodaba a Dylan “el Nosferatu” por su apariencia vampírica y su predilección por las mujeres extremadamente jóvenes, lo que causaba risas en Alfredo, que conocía amigos con gustos similares. Lo que resultaba escandaloso y extraño para León era la cantidad de adolescentes mujeres que llegaban a las escuelas de la ciudad para ser cuidadas por familias ya establecidas, ya que este lugar, a pesar de su rápido desarrollo, aún le parecía un tanto inhóspito. Sin embargo, él no sabía que la llegada de estas jóvenes estaba financiada por organizaciones respaldadas por Dylan Pierce.

Después de meses de aprendizaje, León y Alfredo decidieron ir al bar Oso Blanco, una de las pocas cabañas de madera en la tecnológica ciudad de Churchill. Llegaron al lugar, que estaba muy animado, ya que era una de esas noches de verano ártico en las que el sol no se pone y la gente busca la mejor manera de disfrutar tomando varias copas. Solicitaron una mesa para dos y, al sentarse, pidieron cada uno un litro de cerveza, que era la medida más pequeña, y una fuente de alitas picantes para acompañar. Ambos no tenían idea de lo que les esperaba, ya que ninguno había bebido antes con un finlandés ni con un arequipeño.

Pasaron tres horas desde que llegaron, y no habían llegado las alitas. En su haber ya tenían cuatro litros de cerveza cada uno. La noche apenas comenzaba y ambos estaban dispuestos a seguir con su fraternal velada. Al pedir la quinta ronda, León confesó:

—Oye, peruano, esta será mi despedida. La próxima semana me voy a realizar las instalaciones de las centrales.

—¿Qué? —preguntó Alfredo, sorprendido por la noticia, mientras tomaba un sorbo de su cerveza.

—Sí, así es. Ya nos han asignado los proyectos y equipos. En realidad, no me queda mucho que hacer aquí. Además, ya me estaba cansando de verte la cara todo el tiempo —bromeó León mientras se reía a carcajadas y se acariciaba orgullosamente la barba de leñador que lucía.

—Bueno, entonces, hoy beberemos como verdaderos osos polares —retó Alfredo al finlandés mirándolo fijamente.

Ambos ya estaban en una gran borrachera, y lo curioso de la situación es que siempre pudieron disfrutarla a pesar de que al levantarse ambos tambaleaban como osos de circo. Mientras caminaban, el finlandés se detuvo para aliviar la vejiga, ya que los años de consumo de alcohol lo afectaban como un arpón de ballenero. Mientras se bajaba el cierre y se preparaba para desahogarse, le susurró a Alfredo:

—¿Sabes realmente por qué me voy feliz?

—Confesiones de borracho... —respondió Alfredo entre risas.

En ese momento, la expresión de León tomó un grado de seriedad que Alfredo nunca le había visto antes, así que decidió prestarle toda la atención requerida.

—Este lugar, Alfredo, está manchado. Aquí se hacen cosas de las que no se habla, y no se debe hablar. El dinero que hay aquí es mucho, y eso cierra las bocas; y si no la cierras, te la cierran. No hay alma aquí —afirmó melancólicamente.

—¿A qué te refieres, hombre? Explícate mejor que no te entiendo.

—¿No te has preguntado qué es lo que paga todo esto?

—Bueno, sí; la tecnología que se desarrolla aquí, asumo. Como lo fue Silicon Valley en su momento —respondió Alfredo con cierta obvia ingenuidad.

—Pues es eso, Alfredo. La tecnología que se desarrolla aquí es lo que le cuesta el alma a este lugar. Te lo digo yo, que nuestras instalaciones en el oeste alimentarán los mismos fines. Por eso lo sé —enfaticó el nórdico con autoridad.

—Pero, ¿qué tecnología? Si no me dices, ¿cómo voy a entender?

Ya exacerbado, Alfredo demandó mayores detalles.

—Sabes de la guerra por el círculo ártico, ¿cierto? Pues eso es solo la punta del *iceberg*. Aquí, la mayoría de los proyectos son armamentistas, drones y robots de guerra, y están controlados por el gobierno canadiense. Pero también se están haciendo modificaciones genéticas en masa en los no nacidos, financiadas por las minas de *coinbit* extendidas en la tundra canadiense. Eso es obra de Dylan Pierce, el Nosferatu.

Para Alfredo, la acusación de su amigo carecía de lógica, ya que, al parecer, toda la tecnología que se desarrollaba era armamentista y de exploración, lo cual no le parecería raro, dado que el tema del deshielo del Ártico ya era recurrente en los últimos años. Sin embargo, las minas de *coinbit* no las había observado, e incluso en la ciudad solo se aceptaban las monedas digitales aprobadas por el gobierno canadiense.

—O sea, ¿tú me estás diciendo que el gobierno canadiense no controla esta región en lo absoluto, sino solo las fábricas de producción de armas y exploración? — preguntó con mucho escepticismo el peruano.

—Exacto. Las instalaciones en las que yo trabajo no han sido nunca auditadas por el gobierno. Jamás. Es más, te puedo decir otra cosa que escuché; pero esto es solo un rumor que recogí en una de las reuniones de los equipos hace algunos meses: a tu presidente lo mandaron matar sus socios canadienses.

En ese momento, Alfredo sintió un frío que le trepaba por la espalda y un temor como si se hubiera metido en la boca del lobo. Nunca realmente pudo ordenar sus ideas con todo lo que sabía para encontrar la razón del rumor, pero con los antecedentes que le había confesado su acompañante, la duda lo invadió y lo dejó intranquilo. Al notar la preocupación de su amigo por lo que acababa de decir, León lo empujó para que reaccionara y caminaran hacia la estación del tranvía en dirección a las residencias de funcionarios. La mirada del arequipeño estaba perdida y su pensamiento yacía con su familia. El hombre de Helsinki, León, lo guio

hasta un supermercado ubicado frente a las residencias, entraron y, ya dentro, decidió comprar un vodka y puso en aviso a Alfredo:

—Con esto se te pasará el susto.

Se sentaron en una de las bancas que daban a los extensos jardines de las instalaciones de viviendas para residentes temporales de Paramount Invest y comenzaron a beber aquel elixir polar. Esa mañana fue la última vez que vio y supo algo de su amigo. Más tarde, Alfredo despertó en su habitación con un dolor de cabeza que no sentía desde la adolescencia y con una sequedad en la boca que solo un buen jugo de frutas matutino podía quitar. No había olvidado lo que León le había confesado; pero gracias a lo necesario de su recuperación, pudo distraerse en una necesidad más inmediata.

Al día siguiente, Alfredo comenzaría un curso intensivo de inglés acompañado de un sistema de inteligencia artificial diseñado para estudiantes de su nivel. Tomaría una clase conformada por gente de diferentes antecedentes con el objetivo de mejorar sus habilidades de socialización en inglés. Además, el curso se enfocaría en el uso de una interfaz que le permitiría desenvolverse mejor en sus tareas, ampliando su círculo más allá de solo conocer funcionarios. Posteriormente a esas dos semanas, Alfredo quedaría formalmente listo para empezar en su nuevo trabajo; así, todo el proceso de capacitación e integración habría terminado. Poco a poco, el peruano supo que ya no había vuelta atrás y que estaría asumiendo su nueva responsabilidad tanto por él como por su familia.

Esa misma tarde recibió una llamada de Cristina, su esposa, que durante estos meses, en ausencia de Alfredo, había perdido poco a poco la ilusión de que el plan de Alfredo funcionara para el beneficio de la familia. Encontraba la situación un tanto distante para su relación, lo cual le generaba mucha ansiedad; algo que ella no sabía ocultar para la desdicha de Alfredo. Cuando la saludó en esta oportunidad, Alfredo trató de consolarla directamente:

—¿Has estado llorando otra vez? —le preguntó, pues reconoció la voz entrecortada de Cristina en el momento de saludarlo.

—No, Alfie. Estoy un poco agitada, nada más. —Alfredo siempre supo reconocer cuando Cristina le mentía, ya que no era muy buena ocultando sus emociones.

Entre tanto, Alfredo decidió contarle a su mujer lo sucedido con León, su amigo finlandés. También quería ponerla al tanto de sus actividades para los próximos días en los cursos de inglés que tomaría. El hombre se sentía algo nervioso, ya que no había socializado mucho, aparte de con su amigo que hablaba español, durante esos meses. Sentía inseguridad al pensar en que compartiría un aula con personas probablemente más jóvenes que él y con un mejor dominio del idioma. Aunque la tranquilidad solía ser su herramienta fundamental en tales situaciones, Alfredo esperaba que esta vez se le exigiese más de lo habitual.

Al terminar el día, no se pudo sacar de la cabeza lo dicho por León, y con una motivación casi policial, decidió investigar un poco más sobre lo que estaría sucediendo en Churchill. Después de algunas horas frente al monitor, Alfredo comprobó que casi todo lo que dijo León era cierto. Lo sorprendente para él era que todo prácticamente era legal y no había ningún inconveniente con las operaciones organizadas en esa ciudad, ya que la ley y su marco legal las amparaban. Por eso, no lograba el sudamericano entender el origen real de la frustración del nórdico. Aun así, Alfredo se preguntaba de manera constante qué era en realidad lo que sabía León y que no le había dicho. Aunque tampoco sería de su directa incumbencia, Alfredo presentía que esta historia podía tener un carácter relevante para su propia narrativa en esta próspera ciudad del norte canadiense.

Cuanto más Alfredo reflexionaba sobre la historia de León, más se preocupaba. Tomó conciencia de que toda la ciudad estaba bajo el control de las dos corporaciones principales que operaban allí. Observó que el brazo más eficiente y respetado del orden en la ciudad no era la policía local, que solo contaba con dos oficinas; en cambio, era una empresa la que proporcionaba vigilancia mediante cámaras y drones para toda la ciudad, una subsidiaria que era propiedad de Dylan Pierce.

Alfredo empezó a notar detalles que hacían que esta experiencia se asemejara a

un experimento de laboratorio controlado al cien por ciento. Aunque esto lo asustó, sabía que debía cumplir su contrato, ya que su familia dependía de ese apoyo. Para él, la situación también representaba un reto, pues nunca había estado en esta posición antes y quería aprovechar la oportunidad para vivir una aventura que siempre había postergado en su vida. Su deseo se cumpliría, aunque lo que uno desea no siempre resulta como se espera. Desafortunadamente, Alfredo se dio cuenta de esto demasiado tarde.

Jordi llevaba un tiempo de regreso en Barcelona, y el trabajo que su padre tenía para él se ajustó al estilo de vida que el joven quería llevar, ya que la ciudad le quedaba pequeña. El trabajo del joven catalán sería generar vínculos comerciales con las navieras de los países del círculo ártico para aumentar el movimiento en el puerto de Barcelona. Los nuevos círculos que su padre frecuentaría serían más políticos, y eso captó la atención del joven. Nunca pensó que estaría realizando una especie de labor diplomática comercial, la cual encontraba muy interesante y dinámica, a diferencia de la vida académica por la que casi optó en Inglaterra. Pensó que el cambio sería para bien y que debería aprovechar esta oportunidad de una manera mucho más empresarial. Así, adoptó una postura empírica con sus tareas y responsabilidades, disfrutando de las reuniones, negociaciones y relaciones públicas, para lo cual su perfecto inglés era de gran ayuda.

En uno de sus viajes por estos países, le tocó visitar hacia poco tiempo el independizado país de Groenlandia, que sorprendentemente estaba recibiendo un gran número de inmigrantes chinos que se asentaban en las costas de dicha región. Los vínculos económicos con Rusia y China eran muy cercanos, y de una u otra manera habían financiado la consolidación del proceso de independencia. En su viaje, observó que la infraestructura del país había sido casi enteramente renovada y potenciada por los operarios chinos, mientras que Rusia les brindaba gas para el desarrollo necesario. Según el plan que tenían ambos países, se iba a montar una plataforma espacial conjunta en Groenlandia para acelerar el avance de ambos en la carrera espacial y el turismo suborbital. Esto abriría una oportunidad de turismo en Groenlandia, ya que se tenía pensado establecer un

cronograma de lanzamientos desde la isla, lo que podría incluirse en los destinos de diferentes cruceros turísticos en el Ártico. La aventura empresarial de Jordi estaría dirigida a ese sector, ya que él y su padre querían establecer una ruta que uniera el círculo ártico con el Mediterráneo, y la oportunidad se presentaba de manera idónea.

Las reuniones con los representantes y autoridades locales fascinaban a Jordi, ya que encontraba muy enriquecedor observar las diversas formas de vida y establecer vínculos con personas de otras latitudes. En una de las cenas, sirvieron un platillo tradicional a base de carne de foca, lo cual llamó mucho la atención al joven mediterráneo. Aunque su sabor no le pareció desagradable, no pudo evitar la sensación de tristeza por la muerte de un animal que consideraba muy inocente.

Otro aspecto que captó el interés del catalán fue la manifestación de la independencia lograda por Groenlandia frente a Dinamarca, algo que Cataluña no conseguiría en más de un milenio. La composición étnica y demográfica de la isla, junto con las inversiones extranjeras, aceleraron predeciblemente su independencia, pensaba él. En todo caso, el crecimiento del turismo ártico que veía daba pie a que este proceso se concretase de forma orgánica.

En algunas oportunidades, mientras cubría las rutas turísticas en prueba por vía marítima, se sentaba en el bar del barco, que contaba con una vista panorámica de la inmensidad del océano, y pensaba durante horas en la vida que habría llevado en Inglaterra junto con su adorada Reema. Aunque en el transcurso de los meses, Jordi había tenido fugazmente la compañía de otras mujeres, el recuerdo de Reema lo atormentaba y lo hacía sentirse tremendamente conectado con ella y con los recuerdos que guardaba. Era simple, no podía olvidarla. En esas horas sentado, mirando el mar, disfrutaba el atardecer con melancolía mientras tomaba un vaso de *whisky* con hielo; hábito que había adquirido al volver a Barcelona, pues compartía con su padre el gusto por este licor escocés.

Este sentimiento omnipresente por su chica lo mantenía distraído en muchas oportunidades, como cuando se reunía con las delegaciones de representantes a lo largo de sus misiones de negociación. Sin embargo, su preparación y gran

personalidad para abordar los temas vigentes en dichas reuniones hacían que la gente no notase esa ausencia de espíritu en el taciturno ibérico. En la inauguración de la renovación del puerto de cruceros en Estocolmo, Jordi por poco pierde la exclusividad de una ruta que incluía Suecia para las rutas de Escandinavia de la empresa de su padre. El joven había pasado demasiado tiempo en un museo dedicado exclusivamente al Mediterráneo. Estas distracciones hacían que Jordi entrase en un trance nostálgico, recordando desde el momento que conoció a la hindú hasta el momento que la vio por última vez en el aeropuerto. El silencio de esos ambientes lo hacía deambular por horas recordando cada detalle del tiempo que había pasado con la hermosa mujer. La admiración que semejava al admirar un cuadro o alguna escultura era en sí la temporal hipnotización que se producía en él al recordar el cuerpo desnudo de su amante ausente.

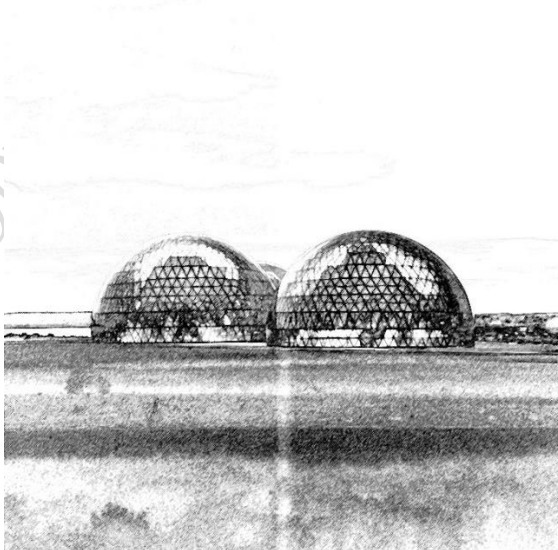
Reema se había desvanecido del radar de Jordi, como si la tierra se la hubiera tragado. Después de un par de mensajes que dejó en el buzón de voz de Jordi avisándole que había llegado bien a tierras americanas, el código de contacto de Reema dejó de funcionar y la actividad en sus cuentas de redes sociales simplemente se detuvo. Aunque Jordi intentó ponerse en contacto con ella, nunca recibió una respuesta. Comenzó escribiéndole un mensaje diario, luego pasó a cada semana y después cada mes, hasta que por fin cedió y dejó de escribirle, respetando así la decisión de Reema de no comunicarse con él.

La joven había llegado inicialmente a Toronto, donde llevó a cabo varias reuniones en la oficina central de la ONG en la que trabajaba, de las que recibió un informe completo de aquellos que estarían en contacto directo con ella a lo largo de su estadía. Para Reema, estas reuniones resultaron protocolares y le parecieron una especie de burocracia. Ella no sentía una verdadera vocación por ellas, en especial en comparación con los problemas que imaginaba sucedían en los nuevos poblados canadienses. Al observar el ritmo de vida de esos funcionarios, Reema pensaba que el dinero que llegaba a Canadá era una vulgaridad para mantener la alta calidad de vida de dichos empleados en una de las ciudades más caras del país.

Cuando se acercaba el momento de abandonar Toronto, Reema empezó a

preparar su plan de acción en cuanto a la estrategia de reconocimiento que realizaría una vez que llegara a Churchill. Aunque para ella ese poblado no era lo importante, ya que parecía funcionar con toda normalidad en apariencia; lo que le interesaba eran todos los poblados aledaños que se empezaron a formar debido al constante crecimiento de la ciudad. Churchill estaba ubicado entre el río del mismo nombre que se adentraba hacia el sur de Canadá y la bahía Hudson. Esto formaba una especie de península en la que la ciudad proliferó y, a pesar de ser una zona de muchos pequeños lagos, el crecimiento urbano logró encauzar las aguas de estas formaciones y evitar las tierras pantanosas.

El crecimiento demográfico generó una gran inversión en el desarrollo de infraestructura y la habilitación para la construcción de los domos en los que se vivía en las afueras de la ciudad. Estos domos eran una nueva forma arquitectónica en la que se organizaban las familias de nuevos pobladores que llegaban a estas zonas. En ellos vivían varias familias y tenían un ambiente cálido dentro de la infraestructura, en la cual podían mantener jardines y lugares de esparcimiento. El diseño de estas edificaciones estaba pensado de tal manera que en verano fueran lugares frescos para vivir y en invierno mantuvieran el calor sin hacer mucho uso de energía.



En estos domos era donde tenían lugar muchas de las situaciones que Reema debía investigar. Los grupos de pobladores por investigar habitaban las zonas Churchill dos, tres y cuatro, las cuales eran áreas fuera de la zona céntrica de la ciudad que estaban pobladas con estas estructuras en un área de veinte kilómetros a la redonda. Reema había estudiado la distribución del área en donde se encontraban estos pequeños poblados futuristas y observó que contaban con un gran número de avances tecnológicos que les facilitaban el tránsito entre domos y con el centro de la ciudad principal. Toda esta red de tubos que protegían las líneas de los monorrieles estaba pensada para evitar la obstrucción por nieve que en algunas oportunidades se podría acumular. Además, contaba con una red subterránea que también facilitaba el rápido transporte en distancias más largas. En sí, la compleja y muy desarrollada red de transporte eliminaba la necesidad de contar con vehículos particulares, ya que estos representarían un problema al ocupar espacio en los domos. Ese lujo estaba reservado únicamente para los más altos funcionarios de la ciudad y las fábricas que operaban en Churchill.

Al llegar a su destino final, Reema no podía creer que ya hubieran pasado varios meses desde que dejó Inglaterra y a Jordi. Este inicio de una etapa concreta, y no de transición como lo fue en Toronto, despertó en Reema un fuerte sentimiento de nostalgia. Observar la bahía Hudson le provocó una soledad absoluta, y solo el recuerdo de la vida que llevaba en su vientre le permitía superar el anhelo de un pasado que ahora le era inalcanzable. Sin embargo, la sonrisa de Jordi y sus besos aún la visitaban en sueños, asaltándola cuando menos lo esperaba.

El departamento de Reema se ubicaba justo frente a la bahía de la ciudad. Un lugar privilegiado para aquellos funcionarios de organizaciones internacionales. Para sorpresa de Reema, la ONG para la que trabajaba operaba en Canadá con un nombre diferente, ya que internacionalmente se la conocía como Working Hands y en Canadá operaba bajo el nombre de Hands of Freedom. La introducción a ese cambio en la operación le fue explicada a Reema en una de las reuniones que tuvo en la capital. Sin embargo, siempre aguda con su perspicacia, pensó que era un cambio de palabras, pues querían aproximarse a los individuos en Canadá como una organización que velaba por la integración y no por la fiscalización de las

condiciones laborales. Esto, en cierta forma, la dejó con muchas sospechas respecto a cómo abordar su trabajo en campo.

Reema no había visto a su familia desde que la presentó a Jordi por coincidencia, ya que su madre y su tía estuvieron unos días en Londres. En esa ocasión, la madre de la joven había quedado encantada con el novio de su hija y estaba muy triste por la decisión de ella de seguir un camino sola en otro país; sin embargo, entendía sus ambiciones profesionales y no la juzgaba por eso. Para su padre, esto era más difícil de entender, lo que resultó en que Reema ya no se comunicara tan seguido con él. Moviada por esta razón, su madre hizo el viaje a Churchill en los primeros días tras la llegada de su hija para asistirle con la instalación en su nuevo hogar. Priya, con el instinto natural de una madre, comprendía la importancia de un hogar para la estabilidad emocional de una persona y deseaba asegurarse de que su hija tuviera ese sólido fundamento.

Cuando ambas estuvieron por fin juntas, Priya quedó gratamente sorprendida por las comodidades con las que contaba Reema:

—¡Hija, qué hermoso es tu departamento! Es tan espacioso y esa vista es simplemente espectacular. La distribución de la ciudad también es fascinante, todo se ve tan moderno. ¿Qué te parece si salimos a explorar y a comprar algunas cosas para conocerla mejor? —propuso la madre con entusiasmo.

—Mamá, sabes que estoy aquí, en principio, para trabajar y estos primeros días son claves para integrarme al equipo. Pero prometo que después del viernes, cuando termine mi jornada, podremos hacer todo lo que tú quieras. Aquí la gente trabaja entre tres y cuatro días a la semana, y luego hay tiempo para participar en actividades deportivas y comunitarias dentro de los domos y esas cosas que también me gustaría observar —respondió Reema de forma conciliadora.

—De acuerdo, hija. Estaré visitando un poco los lugares turísticos de la ciudad para contarte luego lo que pude observar cuando regreses de la oficina —añadió Priya con gusto por la predisposición de su hija.

Ambas tenían una buena relación, pero Reema aún no le había confesado el secreto que guardaba dentro de ella. En todo caso, pensaba la muchacha que se

haría evidente en algún momento y habría que dar menos explicaciones entonces porque todo ya habría tomado su curso necesario.

Al día siguiente, Reema visitó la oficina donde estaría trabajando a las afueras del sector Churchill uno, cerca de la frontera con los sectores dos y tres. Estaba muy bien ubicada para las metas de los estudios que estarían por comenzar una vez que Reema estuviera completamente instalada. Para llegar hasta ahí, tomó uno de los monorrieles que partían de la estación. Era una mañana despejada y con un sol veraniego radiante que hacía que Reema empezara con un optimismo renovador esta nueva etapa de su vida. A lo largo del viaje, apreció la extensión de la ciudad central compuesta por varios edificios bajos pero de gran área y con ventanas reflectoras, que era una especie de tecnología para generar energía solar. Todos los edificios contaban con los mismos tipos de ventanas de color casi plateado. El verdor de la naturaleza de la zona en esa época del año acompañaba la luz reflejada por los edificios haciendo de ese un espectáculo cegador que solo se podía apreciar directamente con lentes de sol puestos. Reema quedó asombrada del sinfín de edificios de la ciudad central, y mientras iban saliendo de esta, las pocas autopistas que pudo identificar empezaron a desaparecer y solo pudo ubicar varios estacionamientos con unos vehículos muy particulares que se encontraban por cientos. En ese momento, el monorriel ingresó a un túnel. Pocos minutos después, anunciaron la estación donde Reema se apearía.

La hindú se encontraba en la estación Yellowstone de la línea verde, donde todas las estaciones tenían nombres de parques nacionales famosos en el mundo. Al subir las escaleras eléctricas, Reema no dejó de sorprenderse al ver que la salida de la estación daba directamente a los jardines interiores de uno de los domos. Este fue el primer domo construido en Churchill. Por aquellos días, ya no se utilizaba como vivienda para los colonos recién instalados. En cambio, albergaba las principales oficinas empresariales de los sectores dos, tres y cuatro. Dentro de él, empresas de telecomunicaciones, logística y seguridad electrónica ocupaban las filas de oficinas. Estas organizaciones aseguraban el abastecimiento y funcionamiento de los domos. Se distribuían por los diferentes niveles de estas enormes estructuras. La oficina de Reema estaba ubicada en el piso diez de los veinte que componían ese monstruo de acero y cristal. Durante todo ese día

mantuvo reuniones con los diez empleados que trabajaban en su oficina para presentarse y conocer el estado de las actividades de la organización en Churchill.

Por la mañana, Priya salió del complejo de departamentos donde vivía Reema para explorar las pequeñas calles de Churchill. Esto sorprendió a la mujer asiática, ya que estaba acostumbrada a las grandes avenidas de las ciudades americanas. Además, notó que la mayoría de las calles eran de dos vías pero de solo dos carriles y estaban siendo transitadas por vehículos con asientos que se miraban entre ellos y sin conductor. Para Priya, acostumbrada al tráfico caótico de la India, la organización del tráfico en Churchill parecía sacada de una película. A pesar de la velocidad relativamente rápida de los vehículos, no había semáforos en las calles ni interrupciones en el flujo del tráfico. Todos los cruces peatonales o grandes vías peatonales resultaban ser subterráneos y en la superficie solo se encontraban las vías para este tipo de vehículos.

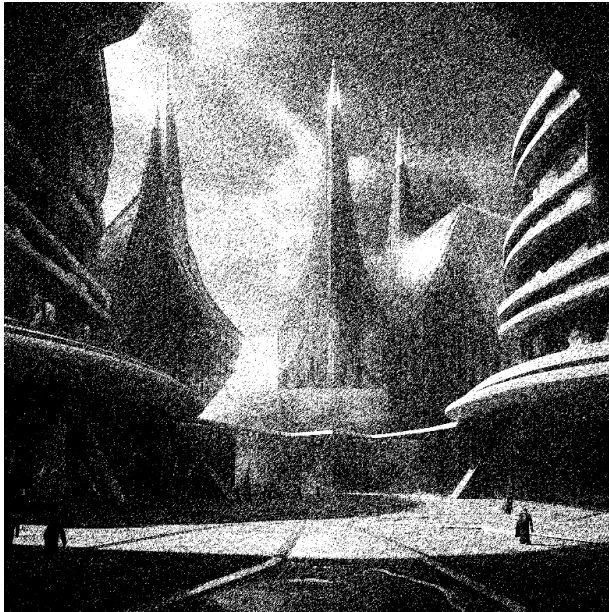
Mientras caminaba por los pasajes subterráneos, iluminados con unas luces tan claras que parecía como si el mismo sol entrara dentro de estos túneles, Priya vio con curiosidad un letrero con un símbolo muy particular que apuntaba a una de las salidas. Este indicaba lo siguiente:

“La Luna Cruzada yace en tu sendero”

Priya sintió inmediatamente curiosidad por aquella insinuación un tanto mística, lo cual le resultó un poco extraño al encontrarse en un lugar donde la cultura se centraba con obiedad en la tecnología y el desarrollo científico. Para ella, proveniente de un país con una gran tradición y diversidad religiosa, Churchill carecía de cierto carácter espiritual, y este cartel captó de inmediato su atención.

Al salir de la vía peatonal subterránea, divisó entre todos los grandes bloques de edificios de la industria tecnológica una estructura que resaltaba por el claro contraste con su entorno. Ahí se encontraba un zigurat de tamaño considerable, pues abarcaba toda una manzana. Para Priya, este descubrimiento y su significado pusieron en alerta su intuición, algo que la hizo sentir incómoda. Aunque ella se consideraba una persona abierta a diferentes creencias religiosas, este

impresionante suceso puso sus nervios de punta.



Era la primera vez que Franzi y Elle viajaban en un vuelo intercontinental, y además, lo hacían en uno de los últimos modelos de avión propulsados por hidrógeno. Este hecho captó la atención de la prensa local de Hamburgo, lo que añadió un carácter dramático a la partida de las jóvenes, como si toda la ciudad se estuviera despidiendo de ellas. En el vuelo se encontraba una delegación de funcionarios canadienses que estarían acompañando al grupo de jóvenes migrantes a Canadá. El avión tenía la sorprendente capacidad de mil asientos para pasajeros, de los cuales un cuarto de ellos estarían destinados para los jóvenes emancipados. El grupo proveniente de Alemania había pasado un proceso de selección para ser ubicados en hogares donde pudieran empezar su integración a las nuevas ciudades canadienses de manera rápida y sin retrasos. En la delegación que acompañaba a las jóvenes se encontraba la pareja que inicialmente visitó a Elle para involucrarla en este proceso. Ellos ya habían sido

elegidos como los tutores de Elle, mientras que los tutores de Franziska serían asignados una vez que ambas llegaran a su destino final: Churchill.

Durante el vuelo, Franziska y Elle se acercaron a los Carpenter para entablar un rápido vínculo y así obtener la mayor información posible sobre el lugar y la vida que les esperaba. Para Franziska, era de suma importancia conocer la rutina que tendrían que afrontar en su nuevo hogar, ya que consideraba que la vida en las nuevas urbes canadienses iba a ser muy diferente que en Hamburgo. Le parecía obvio que las personas en estas ciudades artificiales buscaran refugiarse de algo, pues no veía otra motivación para abandonar los vínculos familiares y amistosos por una vida en un lugar tan remoto. Franziska quería conocer los horarios escolares y las actividades extracurriculares antes de llegar y así prepararse anímicamente para la energía emocional que necesitaría al iniciar un nuevo círculo social. Además, deseaba averiguar todo lo posible sobre la familia que la acogería, incluyendo los miembros, sus gustos, profesiones y actividades familiares. Sabía que cuanto más rápido pudiera adaptarse a su nueva vida, mejor aprovecharía las oportunidades que el nuevo lugar ofrecía.

Los Carpenter eran una pareja un tanto taciturna que conversaba con las jóvenes con mucha paciencia. Sin embargo, al final, no transmitían nada más que un sentimiento apático, con el cual Franziska se sentía disconforme. Para Elle, esto no resultaba molesto, ya que estaba acostumbrada a ese tipo de personalidades entre los amigos de sus padres. Con una leve sonrisa y una mirada casi perdida en el vacío, los Carpenter respondían a las inquietudes de Franziska. Ella indagaba y recogía toda la información que la pareja podía ofrecerle.

Durante la conversación, lo que más llamó la atención de Franziska fue el aparente entusiasmo con el que los canadienses recalcaron que la comunidad de Churchill era muy participativa en la guía espiritual de sus miembros. Mencionaron que, para lograr una rápida asimilación, todo aquel que llegase a la ciudad debía entregarse con el corazón abierto al cuidado de la Luna Cruzada. Para las jovencitas, esto sonaba como una organización encargada de dar la bienvenida a los nuevos miembros de la ciudad. Sin embargo, el nombre y el sentimiento con el que se expresaron sobre la Luna Cruzada quedarían marcados en la memoria de

Franziska. Esto alimentó una curiosidad latente que incrementaría su deseo de averiguar todo lo posible sobre el destino al que se dirigían.

Los vuelos gubernamentales provenientes de países donde se había implementado el programa de emancipación temprana aterrizarían en la base aérea privada de Paramount Invest. Este aeropuerto privado funcionaba como un club de lujo para empresarios, funcionarios y ejecutivos de alto rango en la comunidad de Churchill. Cuando el avión de Franzi y Elle aterrizó, las sorprendió que terminara estacionándose en un hangar privado con acceso directo al edificio principal del aeropuerto. Una vez que el avión ingresó por completo al hangar, se activaron numerosas luces y escaleras automáticas que se conectaban directamente con las terminales de acceso y salida facilitando el trabajo a la tripulación.

Al descender, un autobús sin chofer trasladó a todos los jóvenes a través de un túnel hacia la sala de migración preparada para su llegada. En esta sala, había numerosos cubículos donde se tomaban métricas de los ojos, huellas dactilares de ambas manos y una prueba de saliva a los recién llegados. Todos esos datos se almacenaban en la nube de la ciudad, y al mismo tiempo, se imprimía un tipo de *sticker* que, al contacto con la piel, proporcionaba una rápida identificación y análisis de las funciones corporales y estados de ánimo de los nuevos ciudadanos.

El *sticker* sería obligatorio para todos los recién llegados bajo el programa de emancipación temprana. Los especialistas les explicaban que el objetivo era proporcionar información rápida y precisa sobre su salud física y mental. Esto permitiría monitorear su adaptación al entorno físico y social de la comunidad de Churchill. Franzi se sintió muy molesta con esta medida, mientras que a Elle no le preocupaba tanto el uso del *sticker*. Sin embargo, ambas se resignaron a ser controladas semanalmente mediante un escáner que les indicaba qué alimentos consumir y qué ejercicios realizar.

Esta situación, se volvió rápidamente muy compleja para Franzi, quien empezaba a sentirse desarraigada de sus amistades, su adolescencia en Alemania y de la ciudad que hasta entonces consideraba su hogar.

Cuando finalmente recibieron la documentación necesaria para completar el trámite de nacionalización, todos los jóvenes fueron llevados a conocer a las familias anfitrionas. Al observar que Elle se despedía de todos para irse con la familia Carpenter, Franzí comenzó a buscar entre la multitud a la familia que la acogería. En el fondo, ella anhelaba ver los rostros de sus padres y su hermana, lo que le impidió darse cuenta de que una pareja de jóvenes se acercaba con la intención de sacarla de su nostálgico trance.

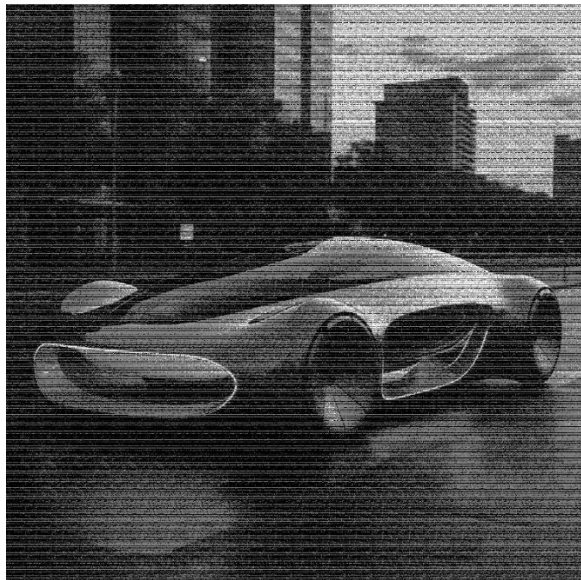
—¿Franzí? —preguntó el joven que se le había acercado, pues suponía que este hombre estaría entre sus treinta y cinco años; a lo que ella respondió:

—Sí, esa soy yo —dijo mientras miraba fijamente a la joven mujer que la admiraba con una mirada tan emocionada que Franziska tuvo que desviar la suya.

—Qué bueno conocerte por fin. Somos los Mitchell y te quedarás con nosotros —expresó de esta manera muy determinada la señora Mitchell el destino que le aguardaba a la joven alemana.

Tras un protocolar intercambio de saludos, la pareja llevó a Franzí al estacionamiento del aeropuerto, donde había muy pocos autos estacionados. Esto era un lujo reservado para altos funcionarios o empresarios de la comunidad de Churchill. Mientras la mayoría de las familias se dirigía al metro en la estación del aeropuerto, los Mitchell disponían de un raro ejemplar de los primeros modelos de autos todoterreno. Eran conocidos así porque eran anfibios y podían deslizarse por el aire gracias a hélices incorporadas en los aros de las llantas.

Franzí había visto este nuevo prototipo en las noticias alemanas, conocidos por revolucionar la industria automotriz mundialmente al ofrecer un producto todo-en-uno. El modelo se llamaba Oblivion y era un producto de la empresa aeroespacial canadiense Spacetrack, que tenía su sede principal en Churchill.



Inmediatamente, Franzi estableció una conexión entre esta empresa y la familia anfitriona, comprendiendo que había llegado a un hogar de gran influencia. Una vez dentro del auto, todos se sentaron mirándose, dejando que el piloto automático los llevara a su hogar. Los Mitchell pensaban que este sería un buen momento para empezar a conocerse antes de llegar a casa. Impresionada por todo lo que estaba descubriendo, y consciente de que esto era solo el inicio de su estadía, Franzi sintió que había llegado el momento de responder algunas preguntas, ya que hasta ahora solo había interrogado a los Carpenter.

Ann Mitchell era una mujer directa pero muy reservada; rara vez hablaba antes que su esposo y se enfocaba en el cuidado de su hogar y familia. Para Ann, acoger a una niña alemana era una especie de práctica antes de perseguir su verdadero objetivo, que era considerar la posibilidad de embarazarse. Esto no era común entre las mujeres de la élite, que preferían contratar madres sustitutas entre las jóvenes migrantes que llegaban a la ciudad y que, a cambio de dinero rápido y oportunidades para integrarse en el círculo social de Churchill, prestaban el servicio.

Albert había convencido a Ann de mudarse a Churchill años atrás por una oferta laboral. Ahora, reconsideraba la idea de tener hijos, ya que su perspectiva sobre la familia había cambiado desde su llegada. En su juventud, Albert era un deportista enfocado en su físico, pero esa dedicación había disminuido, aunque su condición física seguía siendo buena, algo que alegraba a Ann. Él se consideraba un miembro respetado de la comunidad empresarial de Churchill y se sentía obligado a participar en el programa de integración para los jóvenes alemanes emancipados, a quienes ayudaba a formar parte de la familia de Churchill.

Después de empezar el viaje, Ann rompió su costumbre de dejar que Albert iniciara las indagaciones. Comenzó dándole la bienvenida a Franzí preguntándole sobre el vuelo, sus cosas y el recibimiento en el aeropuerto, a lo que Franzí respondió positivamente. Sin embargo, Ann preguntó directamente:

—Y entonces, Franzí, ¿por qué estás en Canadá? ¿Por qué te emancipaste de tu familia en Alemania?

—Qué bueno que lo preguntas porque no sabía cómo empezar a contarlo. Pues, en realidad, me pareció una gran oportunidad para salir de un lugar en el que no me sentía del todo cómoda, pero al que quiero mucho —respondió la adolescente.

—Noto mucha sinceridad en tu respuesta —añadió Albert con cierta suspicacia—. ¿Y qué sabes de Churchill? —le preguntó.

—Pues, en realidad, lo básico. Es una ciudad de millonarios en la industria tecnológica y bueno, que el clima mejoró bastante hace algunos años, sobre todo cuando empeoraron las inundaciones en Alemania —contestó Franziska con cierta indiferencia e indignación.

—Nosotros somos de un lugar que también ha sufrido bastante por las inundaciones. ¿Has escuchado de Nueva Orleans? Allí se ha sufrido muchísimo, casi toda la ciudad vive inundada últimamente; por eso decidimos hacer un cambio y venir a este nuevo lugar —respondió Ann con cierta empatía a la frustración de la muchacha.

Mientras conversaban en el auto, Franzí miraba por la ventana; su atención estaba dividida entre la conversación y el cielo adornado por auroras boreales. Le sorprendió que las autopistas no estuvieran iluminadas y que los autos no

encendieran sus luces. Al observar el panel del auto, vio un radar que indicaba puntos verdes, azules y amarillos. Al preguntar sobre estos, los Mitchell le explicaron que los verdes eran animales salvajes, los azules, vehículos, y los amarillos, personas. Los autos, equipados con radares para evitar la contaminación sonora, visual y ambiental, identificaban objetos y seres móviles a kilómetros, lo que permitía ser alertados para evitar accidentes. Franzí se sorprendió, dándose cuenta de que toda la población de Churchill podía ser monitoreada por el *sticker* que le habían colocado. Para la joven, eso en Alemania sería impensable, pues muchas personas estarían en contra de dicha iniciativa; pero, al parecer, todos en Churchill contaban con la misma mentalidad.

Al llegar a la mansión Mitchell, Franzí observó que todo era administrado por una computadora. Desde que llegaron al portón, un escaneo rápido permitió que tanto el vehículo como sus ocupantes fueran reconocidos por el sistema de la casa. La vivienda, lujosa, destacaba por su transparencia de cristales y columnas de piedra blanca, traída de Sudamérica, según le comentó Albert. La pareja contaba con un par de perros malamute que se hicieron amigos de la joven desde el primer momento que los conoció. Para sorpresa de la pareja, ambos canes sintieron mucha simpatía y ternura por la joven alemana. A Franzí, la idea de estar cerca de estos dos ejemplares le resultó un poco intimidante inicialmente, pero sintió una conexión muy cálida y reconfortante con ellos.

Ann había preparado ostras al estilo de Nueva Orleans y panecillos dulces para recibir a Franzí, quien quedó encantada. Sin embargo, no pudo evitar un vacío y una frivolidad que la hacían sentir muy disconforme consigo misma en el momento de dirigirse a dormir a la habitación que le habían asignado. Era una recámara que contaba con todas aquellas comodidades que no podía ni imaginar en su modesto hogar de clase media baja alemán. En cuanto se metió a la cama, se preguntó cómo estaría pasando el tiempo Elle y si se estaría sintiendo de la misma manera que ella.

Para la mañana siguiente, el itinerario de Franzí estaría planificado con actividades del gobierno de Churchill para explicar el funcionamiento de los aparatos comunitarios con los que contaban los habitantes de la ciudad. Además, el

itinerario incluía un *tour* por la ciudad. Finalmente, Franzi participaría en grupos de mejoramiento del inglés para facilitar su inserción en los colegios del sistema educativo canadiense de Churchill. Estos colegios tenían una clasificación especial, pues eran considerados experimentales, y seguían pautas y lineamientos novedosos, incluso para los estándares canadienses.

COPIA NO COMERCIALIZABLE